



HISTORIA

DEL MOVIMIENTO REPUBLICANO EN EUROPA.

CAPÍTULO PRIMERO.

EL CONTINENTE DE LA REPÚBLICA.

El mundo se rige por ideas. Y como el mundo se rige por ideas, así que las conciencias se trasforman, también se trasforman las sociedades humanas. Si quereis cambiar un mundo, cambiad ántes las ideas. Y las ideas á su vez cambiarán el espíritu humano.

Ninguno de los grandes monumentos históricos que se han desplomado y que han cubierto de ruinas el suelo de esta vieja Europa, se desplomáran, ni la teocracia, ni el feudalismo, ni la monarquía antigua, si no les hubiera faltado el aliento de las ideas y la base de las creencias.

Cuando los pueblos creen firmemente en una institucion, esta institucion subsiste. La personificará un Carlos II, enteco, enfermo, sin fuerzas para sostener el cetro y la espada de sus abuelos en las flacas manos, sin vida para engendrar otra vida, con el siniestro verdor de los cadáveres en el rostro, el cabello

muerto en la vacía cabeza, y apagados los ojos; sombra de sombras, que se pasea entre sepulcros y se estremece á los sortilegios y á los hechizos, pero que al aparecer ante el pueblo español en el siglo xvii, como este pueblo tiene vivo el sentimiento monárquico, le entusiasma, le arroba en trasportes infinitos, porque aquel imbécil rey es el pensamiento del pueblo, el espíritu de las generaciones pasadas y la sagrada imágen de la patria.

Decidle á un pueblo de esta suerte educado que proclame la República, y no os comprenderá. La monarquía ha creado la nacion como la palabra divina creara la tierra; la monarquía ha dictado las leyes que consagran las relaciones de la familia y aseguran la tranquilidad del hogar; la monarquía es la representacion de todas las tradiciones, el resplandor de todas las victorias: el nombre del

rey se confunde con el nombre de Dios en la oración; la imagen del rey con la imagen de la patria en la memoria; el guerrero lo invoca en las batallas; el navegante lo saluda cuando la tierra, buscada en la soledad de los mares, aparece como nueva y reciente creación; el poeta se inspira en su grandeza y la exalta en la epopeya y en el teatro; dibuja el pintor su rostro junto al rostro de los santos en los altares; y desde la escultura que transforma las piedras hasta el sermón que esculpe las almas en las cimas del púlpito, que son como las cimas de la conciencia, todas las manifestaciones de la vida pública y privada, repiten el nombre del rey tan constantemente, que la corona es en medio de los pueblos, como el sol en medio de los astros, la clave de toda la sociedad.

Pero esta fuerza de la monarquía se hallaba en su prestigio, y este prestigio en la fe con que la creían, y en la exaltación con que la amaban los pueblos. Desde el punto en que un hecho trascendental á otros muchos hechos sucede, y el sentimiento y la conciencia se transforman, la sociedad se transforma también. Las instituciones no creídas, no amadas, se descoloran, se desmayan, caen, mueren como las hojas sin savia. El sacerdocio hubiera conseguido convertir á Europa en asiática teocracia si las profecías burladas del año mil y el retroceso de los ejércitos católicos en Tierra Santa, por el malogro de las cruzadas, no le quitaban á los ojos del pueblo su antiguo sobrenatural prestigio. Creyente el mundo, tenderáse el emperador Enrique IV como un perro á las plantas de Gregorio VII; y descreído el mundo, imprimirá audazmente Colonna, un condotiero, su guantelete de hierro en las mejillas de Bonifacio VIII. El feudalismo hubiérase perpetuado, si la Universidad no se funda, y la Universidad no educa á los legistas, y los legistas al estado llano, y el estado llano al municipio, sobre cuyas tierras se rompe la cadena del siervo, hasta que viene la pólvora, la an-

torcha de Prometeo convertida en fulminante rayo, á dar en el suelo con las ideas sociales que representaban aquellos castillos hundidos ántes en todas las conciencias.

Cuando cambia la fe social, cambia el estado social también.—¿Ha cambiado la fe social de la Europa monárquica?—Sí. Pues cambiará el estado social también. Y para saber si ha cambiado la fe, no hay más que preguntar si ha cambiado la educación que la engendra y la mantiene. Pues ha cambiado por completo. Así como la América, colonial ayer, es hoy independiente y republicana, la Europa, monárquica hoy, monárquica en su vida exterior, monárquica en sus formas y en sus apariencias, es en su espíritu, en su educación, esencialmente republicana. Si á esta educación universal no corresponde todavía la universalidad de los hechos, es por lo impuro de la realidad y por lo largo de las estaciones sociales.

¿Cuántos obstáculos encuentran las nuevas ideas!—¿Quién dudará de la lentitud con que camina su difusión por el mundo? No anda la luz del espíritu con la celeridad de la luz material. Si pudiéramos saber las lágrimas que han costado los principios que nos parecen hoy más sencillos y admitidos, la seguridad de nuestro hogar, la inviolabilidad de nuestra conciencia, nos asombraríamos al ver cómo toda redención exige un calvario, y todo altar donde arde una nueva vida es ara de grandes sacrificios. Cuando poseemos ciertos derechos, ciertas garantías, gozamos de sus beneficios sin acordarnos de su origen, sin averiguarlo, como no averiguamos de dónde se ha evaporado la nube que refrigera nuestro campo, ni dónde se ha producido el oxígeno del aire que enciende y colorea nuestra sangre. Pero lo cierto es que ha costado muchos esfuerzos, y á veces muchas penas á los grandes iniciadores del progreso la educación de la humanidad. Y siempre, ¡qué lentamente camina esta educación!

América es el continente más aparejado á

recibir las nuevas ideas. Y sin embargo se engañaría tristemente quien creyera que la República apareció de pronto en esa tierra bendita de la libertad y de la democracia. Tras de Franklin, tras de Washington, hay grandes movimientos sociales, como tras de nuestros terrenos hay otros terrenos más primitivos y más sólidos, indispensables á la fuerte constitución del planeta. Fué necesario para el movimiento republicano de América, que la conciencia humana reivindicara su libertad interior por medio de la reforma en Europa. Fué necesario que tras aquella reivindicación de la conciencia viniese una moral más austera que la moral luterana, la moral de Calvino; y una Iglesia más democrática que la Iglesia germánica, la Iglesia de Ginebra. Puede, pues, con razón asegurarse, que desde mediados del siglo XVI á fines del siglo XVIII, la iniciación republicana de América no se detiene un momento, y comienza ántes de que los peregrinos hayan abordado en las playas del Nuevo Continente, comienza entre las luchas y los dolores del Viejo Mundo.

En Inglaterra, divídese la Reforma en dos religiones, aristocrática la una, democrática la otra. A esta segunda pertenece Hooper, que vive en la predicación y muere sonriente sobre su lecho de encendidos carbones, como un niño que se durmiera en blanda cuna de rosas. En torno de estos suplicios, por la virtud fecunda del martirio, álzase los puritanos, temibles á los reyes porque no quieren los puritanos aristocracias en la Iglesia, y sin aristocracias en la Iglesia no puede haber aristocracias en la sociedad, y sin aristocracias en la sociedad no puede haber monarquías en el Estado. Más dañosos que los mismos católicos, llama la gran protestante Isabel de Inglaterra á los cristianos que buscan la verdad con sencillez en la palabra de Dios. La libertad de la predicación es la libertad del pensamiento; la libertad del pensamiento es el Verbo Divino comunicado á todas las almas; y en esta revelación uni-

versal de todo lo divino, en este día clarísimo de las conciencias, se desvanecerán las sombras de los antiguos seculares poderes. Por eso Jacobo I, al concluir las conferencias de Hampton Court, viendo que no ha podido persuadir á los puritanos con su retórica pedantesca, exclama alzándose de hombros: Los ahorcaremos.

Y allá en áspero matorral, á la desembocadura del Humber, varias familias dejan el suelo de su patria, las amadas playas, el trato de sus conciudadanos, todo cuanto sostiene y embellece la vida para conservar la pureza de sus almas, la idea de su Dios, la austeridad de su culto, en el refugio entonces ofrecido á la conciencia libre, en el refugio de la republicana Holanda. Los caballeros que los persiguen audaces entre las nieblas, y que llegan á recoger cautivas sus mujeres y sus hijas, cuando espolean los alazanes hasta dentro del mar para detenerlos, no saben que llevan aquellos pobres fugitivos en las tablas y en las lonas de su débil esquiife, el espíritu inmortal de un nuevo mundo, de una nueva humanidad, el Evangelio de la redención social, complemento y corona de la redención religiosa.

Luégo pártense de Leyden, de Amsterdam, despedidos por melodías divinas, por cánticos semejantes á los entonados en la salida de Egipto; pártense al través de la inmensidad del Océano, en verdad no tan grande ni tan profundo como sus almas, todas llenas de Dios; pártense desafiando los huracanes y las tormentas, á ejercer la industria de los primeros apóstoles, la pesca; á levantar un nuevo templo en el seno de una nueva naturaleza, cada uno para todos y todos para cada uno, hermanos en creencias como en virtudes; y ántes de desembarcar en la rada de Cod, ántes de arribar más tarde á las playas de la nueva Plymouth, ya han escrito el compromiso democrático que ha de ser como la primera carta fundamental de la República en América.

Desde mediados del siglo xvi al año vigésimo del siglo xvii, y desde el año vigésimo del siglo xvii hasta fines del siglo xviii, la iniciación de América en la austera disciplina republicana, ni un punto se ha detenido, antes ha marchado en progresiva serie. Y sin embargo, más de un siglo, mucho más de un siglo mediará entre cada uno de estos grandes movimientos, entre la ardiente palabra de Calvino y la santa peregrinación de los puritanos; entre el arribo de los puritanos á América y la proclamación de la República en América. Y aún después de proclamada en el Norte, correrán años antes de que la idea pase del Atlántico al Pacífico, del Potomach, al Amazonas; antes que atravesase el istmo de Panamá y escale la cima de los Andes y se difunda por sus dos vertientes, é ilumine ambos hemisferios, creando ese gran número de democracias, que á pesar de sus convulsiones, hacen de América el continente de la República, en oposición á Europa, que es aún el continente de la monarquía.

—Y nuestra América ha ganado la República sin esfuerzos y sacrificios.—La Europa monárquica se conjuró de antiguo contra la América republicana. Desconcertaba todos sus planes, destruía toda su política un continente inmenso, antigua colonia convertida de pronto, por súbita inspiración política, en metrópoli de la libertad humana. Desde el día en que América mostró la inutilidad de los reyes, de las aristocracias, de las castas sacerdotales para dirigir el mundo, todos los antiguos elementos políticos del Viejo Continente tramaron confabulaciones de calumnias contra el advenimiento de aquellas democracias, contra el organismo de aquellas Repúblicas.

Queríase que de pronto, y con la magia de un nombre evocado entre los sacudimientos de la revolución, América se asentase en cimientos de una solidez incontrastable. El milagro no existe ni en las leyes del mundo físico, ni en las leyes del mundo social. Una

transformación súbita es tan difícil en la historia como en la Naturaleza. Los grandes resultados se alcanzan en la vida social como en la vida vulgar, por el trabajo y por el tiempo. No bastaba con adquirir la independencia para adquirir un gobierno ordenado, ni con proclamar la República para tener una educada democracia; no bastaba con esto. La inexperiencia de aquellos pueblos recién nacidos á la vida pública; las dificultades de las innovaciones recién planteadas en la sociedad, que es de suyo conservadora; la secular educación colonial; las consecuencias naturales de una guerra en que habían de brotar todos los inconvenientes de la dictadura y del caudillaje; cuanto dependía de circunstancias ajenas, completamente ajenas á las instituciones, fué atribuido por nuestra ciega reacción al influjo letal de la República.

Cuando un pueblo europeo quería moverse hacia la libertad, cuando instruido por las grandes adivinaciones que tienen los pueblos, derribaba los viejos ídolos, decíanle á una todos los publicistas de más autoridad y de más crédito: ireis á dar en el Estado de las Repúblicas americanas. Este argumento era un argumento capital. A esta observación todo callaba. Huir del estado de las Repúblicas americanas era una palabra de orden, una fórmula de reacción que aprovechaba extraordinariamente á los poderosos del mundo. Hubo un momento en que esta superstición contra la idea republicana tomó cuerpo, elevándose á ser como regla universal de vida y de conducta. La situación de América parecía justificar esta política. La guerra civil en los Estados-Unidos, que sembraba de cadáveres aquella milagrosa tierra de la libertad y del trabajo; los combates continuos de los mejicanos entre sí, con motivo de las reformas económicas que debían destruir el predominio del clero; las revoluciones y las dictaduras que continuaban perturbando la paz pública y las naturales funciones del gobierno, movieron á los reyes europeos, de-

seosos de restaurar su régimen de privilegio, de casta en el Nuevo Mundo, á llevar á Méjico aquella sombra de Imperio, bajo cuyo letal influjo debían sucumbir todas las Repúblicas americanas. Oíanse entonces los pronósticos más extraños. La gran democracia, fundada por los puritanos en los derechos naturales, en la soberanía popular, en la separación de la Iglesia y del Estado, en todos los principios modernos, iba á desaparecer, y sobre sus ruinas iban á fundarse dos vastas monarquías. Por una contradicción absurda con las leyes del progreso humano, las democracias iban á convertirse en aristocracias, las Repúblicas en monarquías, ; las Repúblicas! como en aquel pueblo griego, como en aquel pueblo romano, muertos ambos bajo el yugo de los dos formidables imperios erigidos por César y por Alejandro.

América, destinada en las leyes históricas á ser la tierra de la libertad, desmintió completamente todos estos pronósticos. La guerra civil americana fué dominada por la energía de un pueblo á quien los hábitos de trabajo no habían quitado la necesaria pujanza para la guerra. El esclavo, abrumado bajo el peso de sus cadenas, muerto para el pensamiento, para la conciencia, en el informe terruño, bestia y no persona, llegó entre el fuego de un holocausto, que redimía y purificaba al derecho de hombre. El vasto imperio con que un príncipe descendiente de los conquistadores, quería resucitar la monarquía y la conquista, desapareció en un cadalso. La democracia y la República salieron, como el oro del crisol, más purificadas y más brillantes de esta terrible prueba.

Delante de semejantes enseñanzas, el ánimo y la conciencia no pueden menos que preguntar si la democracia satisface las constantes aspiraciones de la sociedad moderna, la aspiración al orden como la aspiración al derecho, la aspiración á la estabilidad como la aspiración al progreso. La sociedad es compleja, muy compleja. Principios que parecen

contradictorios la dominan con una fuerza igual. No basta con asegurar la libertad, es necesario asegurar también la autoridad. No basta con asegurar el derecho de cada individuo, es necesario asegurar el orden y norma en que han de coexistir estos derechos. No basta con asegurar el progreso, el movimiento de todas las cosas hacia su perfección; es necesario asegurar también la estabilidad, la solidez de las conquistas alcanzadas, de los derechos reconocidos, de las instituciones mismas, á pesar de sus naturales imperfecciones. Reformar y conservar, progresar y reposar; unir la libertad á la autoridad, los elementos individuales á los elementos colectivos serán siempre las dobles corrientes de la vida social.

Nosotros los individuos tenemos exclusivas vocaciones. Y como tenemos exclusivas vocaciones, imaginamos que sólo necesita el mundo aquellos principios por nosotros mantenidos y divulgados. El reformador cree que la sociedad sólo debe moverse hacia adelante, progresar en vertiginosa carrera. El gobernante ó el privilegiado creen que la sociedad debe vivir en una inmovilidad completa. Pero la sociedad no obedece á las pretensiones individuales; no anda ni se detiene al arbitrio de los individuos; combina el progreso y la estabilidad como nuestra vida fisiológica combina el movimiento y el sueño.

Será, pues, una imperfecta forma de gobierno aquella que sólo se preste al movimiento, como será una imperfecta forma de gobierno aquella que sólo se preste al reposo. Y los enemigos de la República en Europa mostraban la República en América, siempre en movimiento, siempre en renovación, jamás estable. Esta aprensión se confirmaba con las guerras continuas, con la anarquía diaria, con el recrudecimiento de odios entre los partidos, con la dictadura militar, con los conflictos entre los Estados, con las impacientes aspiraciones democráticas contrastadas por el fanatismo de una orgullosa teocracia.